



ANNAM.—RUINAS DE MISON: TORRE CHAME, ÁNGULO NOROESTE

Los Chames precedieron á los Annamitas en la costa oriental de la península indo-china; del poderío y civilización que alcanzó este pueblo, hoy moribundo, son prueba elocuente las ruinas que se descubren en las tierras testigos de su grandeza: este grabado y otros que publicaremos darán al lector idea de ellos.

## CARTAS DE MISIONEROS

### TRISTE SITUACION DE UN MISIONERO DE CEYLAN

Acabamos de recibir de Ceylán la carta que damos á continuación. ¡Quiera Dios que la petición del pobre misionero de Kanjikuliya sea atendida por los generosos lectores de *Las Misiones Católicas*!

CARTA DEL RDO. P. MILLINER, OBLATO DE  
MARÍA INMACULADA

EN la archidiócesis de Colombo, provincia de Ceylán, hay un pueblecito bautizado con el hermoso nombre de Kanjikuliya. Pero, desgraciadamente, sólo tiene bonito el nombre: las casas de este pueblo, á mi parecer, no pueden ni deben llamarse así; la iglesia ni parece tal; y el pueblo es un conjunto de chozas y cabañas escondidas entre árboles y arbustos, cual guaridas de fieras.

Un día las descubrió un misionero, y... ¡juzgar su sorpresa al reconocer en los habitantes de estas miserables chozas á... cristianos! Inmediatamente entabló conversación con un papá y una mamá, rodeados de numerosa prole, de aquella que da poco provecho á las fábricas de paños.

—¿De dónde sois?

AÑO XVI.—NÚM. 308

—Somos del pueblo tal, de donde huimos hace tantos años.

Trabajo inútil pedirles la carta de casamiento: aun hay que anotar el primer matrimonio en los archivos de su alcaldía natal, y los registros de la parroquia del pueblo guardan elocuente mutismo. Lo que hay que hacer, pues, es improvisar una iglesia y casarlos; los archivos y las alcaldías dejémoslos para los europeos. La construcción de una iglesia era sueño de largos años; pero estos indígenas son menos maliciosos que aquellos normandos que pedían á su diputado que, pues no les construían un ferrocarril, les pagara á lo menos una estación; y como saben muy bien que una iglesia sin cura equivale á estación sin vía férrea... por eso no han empezado á construir hasta que han encontrado sacerdote.

Mientras los hombres van á cortar árboles para hacer las paredes de la iglesia, las mujeres tejen hojas de cocotero para hacer el techo de la misma, y si trabajan con empeño... en un abrir y cerrar de ojos tenéis una iglesia y una casa para el cura, total una parroquia en regla.

Se casa á los padres ante los ojos asombrados de los hijos ya crecidos. Creo ocioso hablar de los demás Sa-

30 DE ABRIL DE 1908



cramentos, que son prudente y debidamente administrados á su tiempo.

He aquí cómo se forma una Misión y cómo se han formado casi todas las de Ceylán. En lugares donde antes se veían chozas-capillas, se levantan hoy bonitas iglesias rebosantes de fieles; y Misiones que cuentan ahora millares de cristianos, un soberbio santuario, florecientes escuelas y una casa-rectoral de ladrillos, tuvieron por base un puñado de «fugitivos», que vinieron de los bosques donde vivían escondidos.

Y este ha sido el origen del pueblecito de Kanjiku-liya, donde hoy se vive como los señores civilizados. Pero una iglesia provisional es una iglesia provisional, y nada más; esto es, buena á lo más para regular matrimonios atrasados. Logrado esto hay que procurar algo mejor. Acudir á los feligreses es lo primero que debía hacerse, y lo primero que se ha hecho. Uno ha dado un cocotero; otro, después de registrar todos los escondrijos de su choza, dió con una rupia vieja, que me entregó generoso... y la parroquia y los feligreses se han arruinado para reunir... unos ladrillos. ¡Construid una iglesia con cien ladrillos! No obstante hay que construirla.

La choza que sirve de iglesia está dedicada á San Benito, el gran enemigo del diablo.

Hemos introducido en este territorio al glorioso Patriarca de los frailes de Occidente, precisamente por su gran poder sobre el diablo. Y tendrá trabajo aquí el Santo Patriarca, porque éste es con toda propiedad el país del diablo.

He aquí la explicación:

Al abandonar la carretera que corre á lo largo de la costa oeste de la isla de Ceylán é internarse, aquello es, no lo desconocido, sino la selva, inmensa, casi salvaje. Los caminos secundarios que cruzan la llanura pantanosa están mal conservados: los obstruyen árboles caídos; los interrumpen arroyos y ríos que nunca supieron qué es un puente; y los hacen peligrosos elefantes, osos, ciervos, monos, etc., y pueblos salvajes escondidos entre plantaciones nacientes.

Antes de llegar á nuestro Kanjikuliya, junto al camino un soberbio templo pagano levanta sus monstruosas torres y ridiculísimas imágenes, que se tuercen y retuercen como las gárgolas de nuestras catedrales, en indescriptible desorden. Anualmente acuden á este templo millares de peregrinos paganos para adorar un viejo ídolo oleoso, y allí reunidos cometen las mayores monstruosidades físicas y morales que jamás hubieran ni soñado los peores centros diabólicos de las Indias ó del Africa central. El lugar es espléndido, rodeado de azulados estanques donde nadan con real majestad y espléndida abundancia, rizados nenúfares de anchas hojas y hermosas flores, y donde las garzas reales, de grandes alas blancas, pescan silenciosas todo el día, el cuello estirado, con incansable paciencia. En estas limpias aguas los peregrinos vienen á hacer sus *piadosas* abluciones. Y en ellas se cometen diariamente iniquidades de todas clases, en especial durante las grandes fiestas de Septiembre, cuando unos 30,000 ó 35,000 paganos se postran en las orillas de estos estanques.

Una pluma cristiana no puede ni dar idea de estas saturnales, en las cuales el más pagano de entre los paganos enrojece *in petto*, ó mejor, «ennegrece», porque el color de la piel india ha cambiado el color de la vergüenza. Si un europeo comete una falta, enrojece, pero si la comete un indio y experimenta alguna confusión, «ennegrece», se vuelve más negro de lo que siempre es.

Junto á esta Babilonia he instalado á San Benito para que detenga en su marcha el impetuoso torrente de estas iniquidades y preserve de ellas á mis cristianos. Su devoción se extiende cada día más, y su prodigiosa medalla ha hecho grandes maravillas: las gentes vienen procesionalmente á adorarle, y se postran en su pobrísima iglesia de techo de hojas, pasando sin detenerse por delante de las puertas del gran templo del diablo. Urge, pues, consagrarle á San Benito una iglesia mejor que la que tiene, y sólo *Las Misiones Católicas* pueden construirla.

En mi larga vida de misionero esta es la primera vez que me resuelvo á tender la mano. Pero es por el Señor; por estos pobres cristianos de la Parroquia de San Benito, por los viajeros cristianos que pasan por estos caminos solitarios bordeados de selvas inmensas; por todos los peregrinos, que casi temen postrarse bajo ese techo oscilante; por estos pobres paganos, que se ríen y burlan de nuestra extrema pobreza; y también por todos estos bosques magníficos que nunca oyeron el santo nombre de Dios ni repitieron los ecos dormidos entre el sombrío ramaje los cantos de los fieles que le alaban: por estos lagos azules que tantos siglos hace bañan muros paganos, por estos nenúfares rosados, por estas flores de incomparable blancura, orgullo de nuestros bosques, que nunca adornaron un altar cristiano ni perfumaron con sus aromas una imagen de María Inmaculada, por San Benito que os bendecirá, por Dios, sí, por la muerte del Señor, quien os pagará cuanto por El diereis, os pido una limosna para Kanjikuliya.

## ZI-KA-WEI (CHINA)

### El Catolicismo y la ilustración en China

Recibimos de Zi Ka-Wei y publicamos á continuación, copia de una carta que S. E. Mao King-fan, uno de los mandarines más influyentes en aquel imperio, escribió al Padre Rector del colegio de Zi-Ka-Wei, de la Compañía de Jesús, dos meses después de haber visitado los establecimientos de aquella Misión. Dice así:

HABIENDO ido á Chang-hay para inspeccionar los colegios, he tenido el honor de ser recibido por Vuestra Reverencia en Zi-Ka-Wei; y en vista de la invitación que me ha hecho, tuve el placer de visitar la «Aurora», el Colegio de San Ignacio, la escuela del Kiming (en Cheng Mou-yuen), el Observatorio, el Orfelinato y los talleres de Tow-se-we, y en todo he admirado la grandeza y buen orden de esos establecimientos y su inmejorable administración. Constádoos la decadencia de los estudios chinos, descuidados en la mayor parte de los colegios, hasta el punto de que de diez años á esta parte apenas se encontrarán chinos verdaderamente ilustrados, vos habéis reflexionado que no convenía á un estudiante chino ignorar su hermosa



literatura, y habéis puesto á esto remedios muy eficaces. Igualmente me habéis recomendado con vivo interés que desplecase todo mi celo en levantar y promover esos estudios tan descuidados. Vuestra profunda sabiduría, la franqueza y rectitud de vuestras palabras, vuestra desinteresada adhesión, muy por encima de todas las distinciones que pudiera ofreceros el país, todo esto prueba de un modo harto expresivo lo que vos sois y lo que es vuestra religión, que os mueve á mirar por los demás con el mismo interés con que pudierais mirar por vos mismo. Yo, vuestro pequeño hermano, encargado, no obstante mi indignidad, de la administración de las escuelas de la Provincia, he quedado sumamente satisfecho de vuestro celo en promover las buenas obras y de vuestra ardorosa actividad en fundar establecimientos de educación. Para contribuir en algo á vuestros establecimientos de beneficencia, me permito enviaros esos cuatrocientos dólares. Esto no es más que un cortísimo socorro, un puñado de tierra para formar una montaña, una gota de agua para llenar el lecho vastísimo de los mares; pero ofrecida por M. Liéon Ling-tchao, el examinador de las composiciones, esta pequeña ofrenda os dirá de algún modo el grande aprecio en que os tenemos.

Establecida, antes que las demás Ordenes, en Chang-hai, vuestra Compañía de Jesús ha creado las primeras relaciones entre la China y la Europa, relaciones que duran, aun después de los siglos. Motivos tengo para esperar que vos dedicaréis todo vuestro empeño á poner por obra las ideas que me habéis expuesto, respecto de la literatura china y de las virtudes morales en que debe inspirarse, á fin de realzarla. Dedicando igualmente todos vuestros esfuerzos, y empleando todo vuestro celo en hacer comprender á los estudiantes la importancia del fundamento de toda educación y de la literatura china, multiplicaréis vuestros beneficios en favor de nuestro Imperio.

Sabiendo que puedo contar con vuestra indulgencia, y no pudiendo expresaros como quisiera los sentimientos de amistad que abrigo hacia vos, os ruego aceptéis mis humildes respetos. Vuestro hermano

*Mao King-fan.*

El 18 de la XII luna (16 de Enero de 1908).

Así habla un mandarín chino, un pagano, á un sacerdote católico, á un jesuita. Los modernos educacionistas, los que afectan ignorar que los misioneros y sacerdotes católicos han sido, en todo tiempo y en todos los países, los heraldos de la virtud y de la verdadera ilustración; los que, intentando arrancar del alma de los niños el conocimiento y el amor de Dios, prescinden del Catecismo en las Escuelas, erigiendo en cambio en ellas cátedras de pestilencia moral, el positivismo y todo género de errores, y tras los errores la inmundicia y la corrupción... esos, decimos ¿merecerían hoy al mandarín *Mao-Kin fan* los elogios que hemos transcrito?

## NOTICIAS VARIAS

### Nagpore (Indostán).

*Progresos de la Misión: nuevo Obispo.*—El Rdo. P. Jacquier, de los Misioneros de San Francisco de Sales de Annecy, nos escribe desde Ghogargaon.

«La Misión de Ghogargaon, fundada en 1893 por un sacerdote indígena, contaba á mi llegada (á fines de Noviem-

bre de 1896) 200 cristianos. Joven aún, y sin experiencia, me hallé al frente de ella con la pesada carga de hambres y miserias, que se sucedieron durante algunos años, de lamentable memoria material pero de feliz prosperidad espiritual, pues reinando la miseria el año 1900 registramos 1,220 bautismos de adultos. Desde entonces el hambre ha ido alternando con la peste y el cólera. Este año deja sentir sus horrores en gran parte de la India, y en particular en Ghogargaon, donde además sufrimos la peste y el excesivo aumento del precio de los cereales.

«He aquí el último resumen anual de nuestros trabajos:

Cristianos. . . . .	3,225
Niños que frecuentan las escuelas. . . . .	315
Bautismos. . . . .	444
Matrimonios. . . . .	58
Comuniones pascuales. . . . .	700
Maestros catequistas. . . . .	26
Alumnos catequistas. . . . .	25
Número de pueblos. . . . .	54
— de capillas. . . . .	2
— de escuelas. . . . .	25

«Mejor aún que por el número de cristianos, por el de las Comuniones, y sobre todo por el de los matrimonios, se comprenderá que el trabajo ha sido real y constante.

«Hemos tenido que desprendernos de quince de nuestros mejores maestros para fundar la Misión de Ellichpur. Otros estudian para reemplazarlos; con suficiencia de recursos podríamos ya desde luego abrir nuevos pueblos y escuelas en los que poder emplear la actividad de los Padres recién llegados. Urgen nos un par de caballos más, porque con los que tenemos no hay lo suficiente para poder hacer la visita mensual á nuestros 54 pueblos.

«Nuestra casa se compone de tres departamentos: el mayor que sirve de capilla, sólo mide 15 pies ingleses de ancho por 40 de largo; en las grandes fiestas, Navidad, por ejemplo, no sabemos como arreglárnoslo cuando asisten unas 600 ó 700 personas, de las que comulgan unas 400.

«Nuestro nuevo Obispo, viendo los rápidos progresos de esta Misión, la más hermosa de su diócesis, decidió, enviándonos dos auxiliares, la construcción de una iglesia, y desde Abril del pasado año, de nuestros cinco pares de bueyes tres sólo trabajan en acarrear materiales, madera, piedra, etc.

«El 8 de Diciembre asistí, en Poona, á la consagración episcopal del Ilmo. Sr. Doering, jesuita alemán, amigo y vecino nuestro. Este excelente misionero hacía doce años que estaba encargado de la Misión de Wallon.»

### Dinamarca.

*Nuevas obras católicas.*—El Rdo. P. Pion, de Saint-Guilles, redentorista, nos escribe desde Odensa:

«¡Cuánto alegría y conmueve, especialmente si se vive en país protestante, ver como una tras otra las antiguas propiedades monásticas, confiscadas por la Reforma, vuelven, después de tres siglos, á la Iglesia verdadera! De una de estas readquisiciones acaba de ser testigo la ciudad de Odensa.

«La Congregación de Religiosas de Santa Euduvigis, que tiene la Casa-Matriz en Breslau (Silesia), acaba de adquirir en el pueblo de Dalum, cerca de Odensa, la antigua Abadía de las Agustinas, confiscada y vendida cuando la Reforma. El ala derecha de este edificio data de la Edad Media.

«Aumenta el interés de esta restauración monástica, el que las Hermanas de Santa Euduvigis observan la Regla de San Agustín, igual que sus antecesoras de la Edad Media. Estas buenas Religiosas vienen á establecer aquí un *sanatorium* para



tuberculosos; tomarán posesión de la propiedad en Octubre próximo, procediendo desde luego al arreglo y amueblamiento, para poder inaugurar el *sanatorium* al empezar la primavera.

«El nombre de *Christiansdal* (valle de Cristián), dado al dominio por uno de los numerosos propietarios que han poseído sucesivamente la Abadía, es probable que sea cambiado por el de *Hedvigsdal* (valle de Santa Euduvigis).

«Esta compra ha causado profunda sensación en el país. Todos los periódicos hablan de ella en general con simpatía. Los pastores protestantes están consternados; ensayaron cuanto supieron, y pusieron en práctica toda su influencia para ver si lograban impedir esta restitución; pero han fracasado y sus bajas intrigas fueron unánimemente desaprobadas.

«En Dinamarca la cuestión de los sanatorios está á la orden del día. Los construyen en todas partes, pues, desgraciadamente, la tuberculosis abunda. El apostolado y la caridad cristiana encontrarán en ellos un campo ilimitado. Las Religiosas de Santa Euduvigis actualmente estudian con todas sus fuerzas el danés. Son cuatro, pero el próximo otoño llegarán veinte. Estas infatigables Hermanas se proponen abrir en la ciudad un asilo para hijos de obreros. Luego fundarán un orfelinato y una escuela superior para niñas.

«Pronto esperamos poder empezar la construcción de la nueva iglesia, que con todas estas obras se impone ahora más que nunca.

«Todo, pues, augura á nuestra Misión un felicísimo porvenir.»

## ESTADO RELIGIOSO DE LAS ISLAS FILIPINAS

(Conclusión)



ESTOS son los ministros: veamos ahora las obras. La Sociedad bíblica americana tiene una agencia central en Manila, con agentes (*field agents*) en Luzón, norte y sud, Semar, Leyte, Cebú y Mindanao. El *British and Foreign Bible Society* tiene un agente general y cinco sub-agentes. El *Christian Endeavour* (esfuerzo cristiano) celebra sus reuniones cada domingo por la tarde en la iglesia presbiteriana. Hay además el *Chinese Methodist institute*. El *Church settlement* de los episcopalianos posee cuatro *nurses* y una escuela *kindergarten* donde hay clase diaria, excepto los sábados. Cuenta poderoso órgano de propaganda, con una escuela-taller de carpintería para los niños, otra de corte y confección para niñas, y un dispensario. Los metodistas tienen la *Deaconess Training Home*, la *Epworth Leange* y el *Guilde centrale* de la iglesia metodista. Todas las «denominaciones» se interesan y trabajan en pro de la Casa del Marino, *Manila Sailors Home*, y por la *Union reading college*, salón de lectura dirigido por el superintendente general de la educación. El *Young men Christian association* ofrece á sus miembros espaciosa salas de lectura, juego, música y baño, clases y dormitorios. Iguales atractivos ofrece el *Columbia Club*, obra episcopaliana abierta á la juventud americana é indígena. ¡Ejército formidable que cuenta con el apoyo del Gobierno y con un cuantioso presupuesto! Los protestantes de América son generosos. Júzguese por las siguientes cifras: Hospital presbiteriano de Iloilo, donación de 6,000 dollars de Mrs. Haines, en memoria de su hijo. Escuela de predicadores indígenas presbiterianos, en Manila; donativo de 10,000 dollars de M. Converse, de Filadelfia. Iglesia presbiteriana de Manila, edificada en solar comprado por 16,000 piastras, pero cuyo valor real era de más de 20,000, pagada casi en su totalidad por M. Emerson de Titusville.

Sin embargo las escuelas son mucho más temibles que todas estas obras. En ellas está el peligro. «Durante los meses de Junio y Julio, escribe un Jesuita de Vi-

gán, me han visitado muchos maestros. Las preguntas que me han hecho denuncian un deplorable estado religioso y hacen temer triste porvenir. Estos jóvenes filipinos enseñan en las escuelas oficiales. Los hay hijos de todos los extremos de la provincia. De los que me visitaron, diez se declararon protestantes. ¡Cuántos que no me han visitado lo serán también! Pero los diez citados bastan para demostrar lo que pasa en el Archipiélago. Aun suponiendo que se abstengan de hablar públicamente contra el Catolicismo, su mal ejemplo ha de producir efecto deplorable en el alma de sus alumnos. Si tuviéramos sacerdotes celosos, instruidos, capaces de hacer frente á los ministros y de refutar sus objeciones, estoy seguro de que los protestantes avanzarían poco. Un joven, al cual creo haber preservado del Protestantismo, me decía: «Jamás ningún sacerdote católico me explicó las cosas con razones tan convincentes como las de usted.»

El germen protestante se encuentra por todas partes. Agita en particular la juventud que frecuenta las escuelas; y diariamente hay que rebatir las antiguas y vulgares objeciones, que aun hoy queda quien las repite, sobre la Biblia, el celibato de los sacerdotes, la Confesión, etc., etc. Un día vino á visitarme un niño de Mogsingal y me pidió que le explicara el dogma del Purgatorio, luego pasó á la invocación de los Santos y á otras cuestiones dogmáticas. Durante la conversación observé que el pobre niño lloraba. «Padre, me dijo por fin; ¡los protestantes no cesan de proponerme dificultades!» Muchos de ellos exponen sus errores en público, sin parar mientes en que molestan á cuantos no opinan como ellos; un rapaz, hijo de un predicador indígena, los domingos por la mañana se sitúa á la puerta de la iglesia y espera la salida de la Misa mayor, reúne los muchachos de su edad y les echa un sermón: en tanto su padre predica en el mercado principal, donde suele reunir numeroso auditorio. Los adultos resisten bien, pero los jóvenes se dejan vencer con facilidad.

¿Hacen muchos prosélitos los protestantes? Lo mismo en las Misiones que en las ciudades, hay desproporción absoluta entre los medios empleados y la mezquindad de los resultados. No hay que fiar de las estadísti-



cas; son, como casi siempre, exageradas. El verdadero progreso del mal radica en las ideas; de modo que puede con fundamento dudarse de si será el Protestantismo quien en último término se aprovechará del movimiento que está iniciando. Cuando siembra en tierra cristiana, ejemplo el Líbano y Armenia, ¿no es el racionalismo quien cosecha? Quizás les suceda otro tanto en Filipinas.

Con la duda, al iniciarse ésta y aun mientras se le prepara el camino, siempre aparece la desconfianza al sacerdote. Antes lo dijimos, por todas partes se saluda al sacerdote cuando lo encontraban á su paso; hoy continúa practicándose tan hermosa costumbre en cuantos pueblos ó ciudades es nula ó escasa la influencia americana. Casi nula es ésta en Vigán, y no obstante, cuando el sacerdote pasa por delante de un grupo de alumnos de las escuelas neutras oficiales, de los 300 ó 350 que las frecuentan quizás ni una docena se descubren. Muchos, casi por instinto, levantan la mano, pero ésta se detiene á mitad del camino.

El proselitismo protestante lo invade todo y toma los aspectos más inesperados. En un momento los leprosos de una leprosería de Manila se pasaron casi en masa á la herejía; pero se les hizo ver la errónea secta que habían abrazado, y se logró volver á la verdadera fe á estas pobres gentes, las cuales son ahora más católicas que nunca. En la diócesis de Vigán se instalaron dos ritualistas anglicanos que vestían sotana, celebraban la Santa Misa, tocaban el *Angelus*, dejaban que la gente les besara la mano, en fin, imitaban en todo á los sacerdotes católicos. Cuando el señor Obispo fué á administrar la Sagrada Confirmación, estos protestantes dijeron á sus feligreses que cuantos acudiesen al llamamiento del Prelado, no contasen en adelante con su protección. Esta amenaza les amedrentó y muchos no tuvieron valor para desobedecerles.

#### IV

Para terminar nos preguntaremos si el cuadro que acabamos de trazar no resulta, acaso, excesivamente recargado de notas negras. Es cierto que los días hermosos del Catolicismo tranquilo, triunfante, han pasado. La unión normal de la Iglesia y el Estado, tan útil y provechosa para la perseverancia de unos y para la conquista de otros, está rota por completo. Los recursos humanos se han extinguido: empieza un largo período de luchas y sufrimientos. No quiere esto decir que todo esté perdido; aun quedan numerosos motivos de esperanza.

En realidad no son pocos, sino muchos los sacerdotes indígenas convencidos de que se acabaron los tiempos buenos y tranquilos, que hoy es indispensable trabajar mucho, y que el ideal del sacerdote no es *otium cum dignitate*. En cada página de las cartas de los misioneros se leen nombres de párrocos filipinos muy celosos y piadosos. Los Seminarios recientemente reorganizados no tardarán á multiplicarlos. El cisma pierde terreno. En 1904 ya no quedaba huella de él en la diócesis de Jaro. Muchos párrocos de Vigán (provincia de Ilocos) vuelven á la unidad. La institución de un episcopado americano ha dado al Aglipanismo un golpe grave, quizás mortal, así lo esperamos.

Antes pasaban muy fácilmente del cisma á la herejía. Hoy lo contrario, no es raro; quizás sea éste el camino por el que los extraviados vuelvan al punto de partida, esto es, al Catolicismo. Además, el pueblo no ha dejado de notar el considerable número de muertes repentinas que han herido á los apóstatas.

Las circunstancias han dado á los Jesuitas mucho qué hacer para curar las llagas religiosas de las Filipinas, en lo que actualmente están ocupados con todas sus fuerzas, y para lo cual cuentan con dos grandes y poderosísimos medios, como son la devoción al Sagrado Corazón y los Santos Ejercicios. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús bajo todas sus formas dará á las almas el valor y el celo necesarios para combatir tantos y tan grandes peligros. Ya se han obtenido algunos consoladores frutos. En Vigán la Congregación llamada de los *Caballeros del Sagrado Corazón*, para jóvenes, opone un dique eficaz á la propaganda protestante. Su programa compendia con exactitud el fin de la Congregación, así como las condiciones originales que se imponen hoy día al apostolado: «Avivar el espíritu de fidelidad y la devoción personal á nuestro jefe Cristo Jesús, defender sus derechos y promover sus intereses. Trabajar unidos á nuestro Prelado para defender y mantener en todo su vigor la verdadera fe que nos legaron nuestros abuelos; hacer con vivo empeño cuanto podamos por el bien espiritual y temporal de nuestro pueblo, y perfeccionarnos en el estudio del inglés, procurando con especial empeño practicarlos en ejercicios oratorios y literarios.» Su lema son la frase del Salvador: *Adveniat regnum tuum*, y de Su Santidad Pío X: «Restaurar todas las cosas en Cristo.»

Los sacerdotes católicos dan continuamente Ejercicios espirituales, lo mismo en pueblos pequeños que en las grandes ciudades, y aun en el Liceo municipal de Manila, bajo la forma de Misiones ó retiros. Retiros muy completos y perfectos. Grupos de hombres ó de mujeres, más ó menos numerosos, se reúnen una semana entera en determinadas casas y emplean el tiempo en lecturas, meditaciones y ejercicios de piedad, guardando completo silencio, yendo á la iglesia en filas con gran modestia y recogimiento.

En todas las Misiones la gran dificultad es que los confesores son pocos y las confesiones generales muchas. Hacía tiempo, mucho tiempo que estas buenas gentes no habían visto al sacerdote, desde la expulsión de los frailes, y la *Revolución*, esta palabra que hoy tanto se oye en las confesiones, ha sido causa de muchos desórdenes. Pero los sermones llenos de santa unción sobre el pecado suelen conmover hasta los corazones más empedernidos. Y no es raro que parte del auditorio lllore á la voz del misionero. En Haganoy, por ejemplo, en el antiguo convento de los Agustinos, se reunieron seiscientas personas á practicar los Santos Ejercicios. Cada día, después del sermón de la tarde, á eso de las seis, se cerraban las puertas del templo, apagábanse las luces, luego en voz baja y misteriosa entonaban el *Miserere*, y durante diez minutos, las disciplinas caían sin piedad sobre las espaldas de los arrepentidos. Era esto una expiación de los crímenes que el pueblo cometiera durante la Revolución. «Parecíame, dice un testigo, que el alma tagala, envuelta por aquellas notas melan-



cólicas, se postraba bajo las bóvedas majestuosas del templo, y gemía y lloraba por las pérdidas que ha sufrido en estas tierras la Religión católica. ¡Oh Patria España, amada Patria! ¡Cuántas almas salvaste en estas islas! ¡Pero cuántas se han perdido y cuántas se pierden desde que tú no reinas en ellas!»

La antigua fe filipina y española, tiende pues á despertar. No bastan diez años para destruir la obra de tres siglos. Días hay en que el pobre misionero siente que el desaliento se apodera de su corazón y quiere dominarse.

¡Tiene que luchar contra tantos enemigos, es tan poderoso el mal!... Pero, cuando ve que el respeto humano que estos últimos años ha reinado en Manila, empieza á desaparecer, y que la piedad de los vencidos, que quedóse como intimidada á presencia de los vencedores, los americanos, renace consciente de sí misma, cobra ánimo y confía en el porvenir.

Le basta ver el Jueves Santo que las gentes del pueblo van cual antes iban siguiendo las iglesias, visitando los

sagrarios, agrupados por familias rezando el Rosario, llenando las calles del dulce murmullo de *Pater* y *Ave*... «Parécenos, se escribía en 1904, haber vuelto á los mejores años de paz, á aquellos hermosos tiempos de la dominación española, cuando en estas islas regían los principios de la fe católica.» Un detalle: en la actualidad ningún reglamento de policía prohíbe el Jueves Santo el tránsito rodado por las calles; y sin embargo la libertad americana no ha logrado vencer á las santas costumbres del país. Los carruajes son muy raros, los cocheros se niegan á prestar servicio, y Manila viste dicho día, como siempre vistiera, el duelo por el Salvador, muerto por los pecados del mundo. Pese á cuantas apariencias se quiera, este pueblo no está preparado para el culto frío y sin alma de los protestantes. Dénsele buenos sacerdotes, sólidamente formados, encárguense de las numerosas escuelas que aún están vacantes doctos y fieles maestros, y se habrá salvado el Archipiélago para el Catolicismo.

(Trad. de *Etudes*).

A. BROU.

## LOS MISIONEROS DEL CORAZÓN DE MARÍA EN LAS PAMPAS SALITRERAS (CHILE)



UEGO hará cinco años que se estableció en Antofagasta una Casa-Misión con el fin de que los Padres Misioneros atendiesen á las necesidades espirituales de los innumerables habitantes, no sólo de la ciudad, sí que también de las oficinas radicadas en esa rica pampa. Su esfera de acción se ha extendido igualmente á las oficinas de Tarapacá, pertenecientes al Vicariato de Iquique, y al departamento de Taltal, del Obispado de la Serena; en una palabra, el campo donde trabajan y han trabajado con tesón los Misioneros del Corazón de María de Antofagasta es lo que conocemos con el nombre de «Desierto de Atacama,» y la labor que allí han puesto ha sido tan ardua, tan llena de sacrificios y sufrimientos físicos y morales, que sólo podría apreciarlos quien conozca lo que son aquellas regiones del salitre con respecto á la Religión.

Si la instrucción física puede decirse que es nula en las pampas del Norte por ser bien contadas las oficinas que tienen colegio, la instrucción religiosa se reduce á los días que pasa el misionero mensualmente entre esos pobres moradores del desierto. En el año último de 1907, además de las Misiones que se dieron en las pampas de Iquique, Antofagasta, Aguas Blancas y Taltal, que suman más de 40, se visitaron unas 50 oficinas, algunas de ellas hasta cinco ó seis veces en el año.

Las visitas á las oficinas deben llamar vivamente nuestra atención, y son dignas de que nos detengamos en ellas por un momento. No siempre han sido recibidos los Misioneros con muestras de simpatía y respeto; á los principios algo hubo que sufrir; recuerdo ahora que en Febrero de 1904 tuve la dicha de ser designado con otro Padre á misionar una oficina, que tenía fama

de tener gente indomable y levantisca; los únicos diarios que á ella llegaban, de tinte rojo, endilgaban día á día en sus columnas los cuentos más soeces y las calumnias más descaradas contra los sacerdotes y Religiosos. Este fué el motivo por el cual al vernos llegar, comenzaron á regalarnos con una andanada de epítetos dignos de figurar en el repertorio de un presidio. Nosotros callamos, seguimos nuestros ministerios, y aunque continuaron los insultos y hasta las pedradas, los tiros y dinamitazos, permanecimos allí seis días, no con tan escaso fruto, pues hubo bastantes bautizos y matrimonios y hasta confesiones y comuniones. Después se han ido acostumbrando á ver al sacerdote, y ahora nos reciben hasta con cariño.

Lo ordinario es que los Misioneros son bastante bien recibidos en dichas oficinas por los Administradores, que son caballeros en todo el sentido de la palabra: y esto á pesar de no pertenecer muchos de ellos á la Religión católica. Llega el Misionero cargado con su maleta-altar; busca un lugar que le sirva de oratorio, donde pueda celebrar los santos Misterios, administrar los Santos Sacramentos, y dirigir sus instrucciones ó conferencias al pueblo. Ordinariamente se elige para todo esto el colegio si lo hay; y donde no existe, se arregla uno como puede. La salida por el *campamento* á repartir hojas de propaganda católica y convidar á las conferencias á los obreros de la oficina, podemos decir que constituye la parte primera del programa del misionero. Y ahora que hablo de estas instrucciones que se deben dar al pueblo, he oído sobre esta materia dos opiniones que quiero dejar aquí consignadas. Unos dicen que al obrero de la pampa ó del Norte en general deben dársele conferencias única y exclusivamente sobre temas referentes á su regeneración natural, v. gr. el ahorro, el carácter, la honradez, etc., prescindiendo de las verdades religiosas, de los dogmas fundamentales y





ANNAM.—RUINAS DE MISON: LA GRANDE SALA DEL PALACIO

del temor de Dios, que cambian radicalmente el ser espiritual del individuo.

Otros por el contrario creen, y soy de ellos, que no puede prescindirse de la enseñanza religiosa, y que en circunstancias especiales será bueno empezar por lo suyo para traerlos de lleno á lo nuestro. Buen maestro tenemos en el incomparable apóstol de las Indias Francisco Javier. Este debe ser nuestro modelo, y su práctica, en el trato de todos, cristianos y gentiles, la nuestra.

A imitación de Francisco Javier que andaba por las calles de Goa, Malaca y las principales ciudades de la India, llamando á las gentes con una campana para enseñarles la Religión verdadera, sale el misionero por las calles de esa pequeña ciudad, llamada *oficina salitrera*, y con su campana va llamando á aquellos abandonados cristianos que son hijos del Dios verdadero. Luego se ve rodeado de una caravana de niños que le siguen ansiosos de instruirse en los fundamentos de la Religión y recibir algún premio del sacerdote; quien se ve obligado á exclamar: «Dejad que los niños se acerquen á mí.» El corazón del sacerdote, á semejanza del Corazón Sacratísimo de Jesús, se conmueve al contemplar la ignorancia crasísima en que viven y crecen esa multitud de niños que en día no lejano serán los hombres que decidirán del porvenir de la nación. La cuestión social preocupa seriamente á los grandes pensadores de todas las naciones del mundo. El Socialismo y el

Anarquismo arrastran con empuje irresistible á las muchedumbres privadas de las creencias religiosas; y los gobiernos que tiemblan azorados ante el puñal, la tea incendiaria ó la bomba de dinamita, que destruye palacios ó asesina vilmente á seres inocentes, no encuentran medios eficaces para transformar el corazón de los hombres. La enseñanza laica y sin Dios, podrá á lo más formar monstruos, pero jamás formará ciudadanos honrados, como la experiencia nos lo muestra. El Supremo Gobierno de Chile comprendiendo esta gran verdad, ha señalado alguna partida en el Presupuesto del Culto para propagar la enseñanza religiosa por medio de las santas Misiones en las abandonadas regiones del Norte. Y si pudiesen contemplar en toda su realidad los representantes de la nación el estado moral de aquellas pobres gentes, con mayor interés aprobarían cuanto se refiere al mejoramiento de esas necesidades.

Y empezando por los niños diré que causa honda pena la vista de esas criaturas doblemente desgraciadas. ¿Qué podrá esperar de ellos la República, si material y moralmente están degradados hasta lo indecible? Nacen en unos inmundos ranchos (como son casi todas las habitaciones del obrero en la pampa); crecen entre el polvo y la arena sin idea alguna de higiene; se desarrollan en medio del desierto sin freno y sin ley, abandonados muchos de ellos de sus mismos padres, y quizá sin conocerlos; explotados por extraños ó parientes que los han recogido, y que en cambio de su trabajo no les



dan más que un miserable plato de comida, como se le da á una bestia que nos sirve. Comen, sí, el pan de la orfandad; para ellos ni han existido ni existirán las caricias del amor maternal, ni han sentido ni sentirán las dulzuras que se experimentan en el hogar cristiano. Por todas partes esa criatura no ve otra cosa que sensualismo, libertinaje, é indiferencia para todo lo bueno: y esa atmósfera viciada en que viven, engendra hábitos los más criminales en aquellos jóvenes corazones: de manera que se forma en ellos lo que se llama una naturaleza depravada. Así formado el niño, libre señor de sus actos, cambia de domicilio según su voluntad; gasta el fruto de su trabajo á su antojo, haciéndose esclavo de sus vicios; contrae amistades que lo conducen á la práctica de todos los crímenes; en una palabra, se hace discípulo de otros compañeros que son muy experimentados en toda maldad, y ya tenemos á ese pobre niño caminando con el estigma de la reprobación por todas partes.

Por eso el Padre Misionero en sus excursiones por las salitreras y por las minas busca, llama y reúne á su alrededor en primer lugar á los niños; les habla con cariño, los instruye en la Religión, les infunde el santo temor de Dios, y casi siempre les administra la confesión y aun la santa Comunión á los ya preparados: labor dura é ingrata si se quiere, pero que deja bastantes consuelos en su corazón. Los pobres niños se acostumbran al trato humanitario del sacerdote y le miran como un verdadero amigo: y llegan hasta suspirar por el tiempo en que debe volver á la oficina: quiera Dios que la semilla sembrada en sus corazones arraigue, y á su tiempo se manifieste en opimos frutos.

Además de los niños se dirige el sacerdote al obrero, á quien reconoce como un hermano. Lo compadece, pues es digno de compasión. Quien haya visto á esos trabajadores del desierto inmolándose en aras del tra-

bajo, demudados por aquel sol abrasador, al llegar en las tardes á la hora del descanso, no podrá menos de mirarlos con cariño. Se acerca á ellos el Misionero, les habla como un Padre: mientras ellos devoran aquel alimento que han ganado con el sudor de su rostro, y entre unos y otro se establece una corriente de la más tierna simpatía, llegando el obrero á convidar al sacerdote para que lo acompañe en su frugal comida, y viéndose éste obligado alguna vez á aceptar su invitación para darles muestras del afecto que hacia ellos siente. Los convida después á la conferencia que ha de tener lugar á la noche, y á la hora señalada se reúnen cien, doscientos y más hombres que escuchan atentos no sólo las lecciones prácticas de Cristianismo que salen de los labios de su Padre y mejor amigo, sino que también lo acompañan en las oraciones que con grande interés se enseñan á todos. ¿Quién negará que repitiendo con frecuencia esas instrucciones, como lo hacen en la pampa de Antofagasta y Aguas Blancas los Misioneros del Inmaculado Corazón de María, poco á poco ha de ir cambiando el corazón de esos hermanos nuestros tan abandonados y necesitados? Ciertamente es que el fruto no se ve al ojo, pero tampoco el labrador ve el fruto al instante de encomendar su semilla á la ingrata tierra; no le basta el primer sudor, necesita sudar varias veces más, antes de gozar del fruto de su trabajo. Dios es el que ha de bendecir á los misioneros y el que ha de dar incremento á sus palabras: y éstos deben exclamar en sus tristezas, contrariedades y penas: *Omnia possum in eo qui me confortat.*

Querría concluir esta pequeña información añadiendo unas palabras sobre el estado de la mujer en la pampa, pues si triste espectáculo nos presenta el hombre y el niño, no es más agradable el de la desgraciada mujer; sin embargo me lo callo, porque fácilmente lo comprenderá cada uno.—AMBROSIO GARCÍA, *C. F. M.*

## LA CRIA DEL AVESTRUZ, EN EL ÁFRICA AUSTRAL



DE un informe del Sr. D. Lorenzo Cochelet, cónsul general de Francia, extractamos los siguientes detalles acerca de la cría del avestruz:

La cría del avestruz se practica de dos maneras distintas; la cría en grandes espacios, para lo cual hay que disponer á lo menos de 15 á 20 hectáreas por ave, y la cría en recinto cercado, donde pueden aprisarse hasta una docena de aves por hectárea. El primer sistema presenta ventajas, pero fácilmente se comprenderá que sólo puede adoptarse en casos excepcionales.

En el segundo sistema, el terreno está cercado con troncos unidos por alambre. Lo reducido del recinto obliga á emplear una incubadora artificial. El precio de estas incubadoras varía entre 393 y 472 francos. Según el mayor ó menor éxito en el manejo del aparato, que incubará ordinariamente de 24 á 36 huevos, saldrán de él, dentro seis semanas, más ó menos avestruces. Entonces empiezan las tribulaciones.

Alimentados primero con huevos revueltos mezclados

con verduras, estos torpes polluelos, al igual que los papiollos, parecen estar condenados á toda suerte de accidentes. Unas veces por demasiado hartos, otras por estarlo poco, y otras, en fin, por haber comido cosas que no tienen nada que ver con su nutrición, sino muy al contrario, raro es el caso en que una mayoría de estos polluelos lleguen á los cuatro ó cinco meses. Por la noche se los encierra en lugar cubierto, fresco, y sobre todo bien ventilado; por la mañana, cuando el rocío se ha secado por completo, los van á apacentar.

¡Cuán curioso es ver como sale del corral una bandada de estas aves! De súbito uno de los polluelos se pone á ejecutar acompasada danza, vuelta y revuelta y el movimiento giratorio se acelera más y más, hasta que, rendido el ejecutante, cae inerte en el suelo; luego se levanta, y tambaleándose se dirige al campo á donde los van á apacentar.

Si alguien se acerca á una pollada, los padres lanzan el grito de alarma y los polluelos huyen para ponerse en salvo; se esconden aprovechando una depre-



sión cualquiera del terreno; allí se encogen, estiran sus miembros, de tal manera que á no haberlos visto correr se los creería muertos; puede cogérseles sin dificultad. Pero si por el contrario los padres permiten que un hombre se les acerque y empiezan á picotear á su alrededor, los hijuelos hacen lo mismo, perdiendo todo recelo.

A los ocho meses ya puede desplumarse el ave; seis ó siete meses después se le cortan las plumas de las alas y se le arrancan las de la cola, y dos meses más tarde lo que resta de las plumas de las alas, operación que, como están secas, no causa dolor al animal. Esta operación permite al bulbo reproducir más rápidamente las nuevas plumas.

Estos últimos años el cultivo de la alfalfa ha dado nuevo impulso á la cría del avestruz.

El animal encuentra en el campo-redil alimento abundante, y esto influye en que sea menos salvaje y en consecuencia menos sujeto á accidentes.

**VALOR DEL AVESTRUZ.**—De un buen avestruz, macho de ocho ó nueve años, se pagan de 2,500 á 3,000 francos. Suele vivir veinte y aun veinticinco años.

Una hembra de cuatro á seis años vale de 1,200 á 1,700 francos.

Cada diez meses se les despluma. El rendimiento de un par de aves de este género varía entre 175 y 350 francos por ave. Las plumas de las hembras suelen pagarse más que las del macho. Las crías darán cuando menos igual rendimiento pecuniario anual: las plumas de algunas hembras han llegado á rendir 1,500 francos al año, ó mejor, cada diez meses. El término

medio del rendimiento de cien aves bien escogidas (no hablo aquí de animales superiores) es de 22,000 francos anuales.

**ACLIMATACIÓN.**—A despecho de los ensayos practicados, la aclimatación del avestruz austral, ha fracasado en la América del Sud, en Australia y en California. ¿Es debido á las influencias climatológicas? Por ahora se ignora.

En el Africa austral, el avestruz domesticado da inmejorables resultados en las regiones donde las lluvias no son excesivas, la tierra es feraz, no les molestan los vientos huracanados y especialmente no deben sufrir las temperaturas extremas. Cuantos lugares en el Africa del Sud reúnen las condiciones dichas han sido destinados á la cría del avestruz, y si bien es verdad que cada día produce más el destinar campos al cultivo de la alfalfa, sin embargo como hay aun cultivos mucho más remuneradores, esto dificultará algo el que se multipliquen las bandadas de avestruces.

El Parlamento del Cabo acaba de aprobar por unanimidad una ley que prohíbe terminantemente y bajo pena de encarcelamiento la exportación de avestruces y de huevos de avestruz, exportación que hasta ahora estaba grabada con tan enormes impuestos, que casi equivalían á la prohibición.

En Ghizech, Egipto, actualmente se ensaya domesticar y aclimatar el avestruz del Norte, variedad cuya pluma es inferior á la del avestruz del Cabo.

Los ensayos hechos en otros países no han dado hasta la fecha resultados definitivos.



## VISTAS JAPONESAS

POR EL P. NICOLÁS MERINO

OR extravagante y absurda que sea una teoría, una afirmación cualquiera, á fuerza de insistir en ella, repitiéndola en todos los tonos, atrevidamente y con alardes de competencia, llega el vulgo: primero, á sospechar; luego, á dudar, y, por último, á persuadirse de que, por lo menos, algo de verdad irá envuelto en aseveraciones tan terminantes y categóricas. Y en esta errónea persuasión descansa tontamente una gran parte de la masa de los mortales, hasta que, unas veces la discusión desapasionada y luminosa, y más generalmente la realidad avasalladora de los hechos, se encarga de disipar las nebulosidades del error y los embustes del sofisma. Frecuente es entonces oír exclamaciones tan contradictorias como éstas: ¡Gracias á Dios! ¡Qué desilusión! Y es que cada uno habla de la feria según le va en ella... ¿Que á qué fin se endereza todo este fárrago preliminar? Pues á lo que verá quien se armare de paciencia y leyere lo siguiente.

Cuando comenzó el conflicto ruso-japonés, era crecido el número de los que, por simpatía, por interés ó porque sí, hallaban sus complacencias en tributar al Japón toda clase de elogios. Trabajaban como á destajo y sin descanso por convertir en incienso que ofrecer

al Japón todas las voces laudatorias del léxico. No se miraba á que las cosas fueran ó no merecedoras de encomio, sino á si eran ó no japonesas. ¡El Japón! El Japón era un pueblo joven, civilizado, valiente, virtuoso, desinteresado y amante de la justicia, hasta el extremo de dar el poco dinero que tenía y toda su sangre por libertar á los chinos y coreanos de la tiranía rusa; un pueblo, en fin, sin defectos ni peros, para lo cual había que pintarle como eminentemente religioso, y hubo quien propaló el notición de que Togo y treinta diputados japoneses eran católicos á macha-martillo. ¡Con qué ansia esperaban los nipófilos el resultado final de la campaña! Y, en verdad que la importancia de la contienda no era para menos; como que era cuestión de vida ó muerte, no sólo para el Japón, sino también, según ellos, para Corea, China, y en general para los intereses comerciales en el Extremo-Oriente...

Venció el Japón: era, pues, llegado el momento de ver traducidos en realidades sus verdaderos propósitos sobre el Extremo-Oriente, y de saber á qué atenernos con respecto á su decantada civilización, su amor á la justicia, su caballerosidad, alteza de miras, etc., etc. ¿Qué cuentan los hechos?



Todos sabemos que Corea, tributaria de China antes y declarada independiente después de la guerra sino-japonesa, acaba de ser apropiada, absorbida, engullida, por la insaciable codicia nipona. Ni la santidad de los tratados solemnemente firmados, ni el derecho de gentes han sido eficaces para impedir la consumación del atropello. Derecho y tratados han sido conculcados y escarnecidos, y la única ley allí prácticamente reconocida es la despótica ley del más fuerte, la que impera siempre en los países semicivilizados, y hace, de cuando en cuando, sus excursiones por los que hace siglos se quitaron el *semi*...

Por centenares se cuentan los japoneses que entran diariamente en Corea. Muchos son agricultores, es decir, colonos cesantes y labradores arruinados del Japón que en Corea se establecen á sus anchas, en terrenos del Estado ó de los municipios, gozando *ipso facto* de todas las ventajas y comodidades que proporciona la ley del *primi capientis*. Otros emigrantes pertenecen á la clase de comerciantes, y éstos, no contentos con explotar la riqueza del país, van poco á poco apoderándose de la propiedad individual del coreano por todos los medios que les sugiere su mala fe. La usura, especialmente, se ceba de una manera sangrienta y escandalosa en el natural abandono y en el carácter indolente y perezoso del coreano. Abundan también en el gran contingente de aventureros japoneses que se trasladan á Corea, los comediantes de ambos sexos, los saltimbancos de profesión y los vagabundos de oficio, y, para completar el cuadro de desolación que ofrece aquel país, allí están los oficiales del Japón, tanto civiles como militares, viviendo del presupuesto coreano y ayudando á sus paisanos á que esquilmen á los naturales. Esto es lo que ha hecho, y esto lo que hace el Japón; y—¡qué sarcasmo!—esto lo hace con capa de «Protector de Corea.» ¿Qué extraño es que, desengañado el pueblo coreano, desvanecido en él hasta el último vislumbre de esperanza, cansado de ser testigo y víctima de la rapacidad nipona, y sin tener á quien acudir en demanda de justicia, se levante enfurecido contra el opresor y prefiera una muerte gloriosa en defensa de sus derechos á una vida vergonzosa de esclavitud y de oprobio?

Por relacionarse con la materia presente y contener enseñanzas muy notables, voy á traducir un párrafo del editorial «Los japoneses en Corea,» publicado en el *Echo de Chine*, periódico de Shanghai:

«Es imposible—en Corea—recurrir á los tribunales, que son todos japoneses, y dan siempre la razón á los compatriotas. En materia de justicia, los japoneses, á quienes se tiene por civilizados, están todavía en mantillas. Esto explica que ante la opinión pública de Corea hayan ya perdido toda su fama y renombre. Citemos

un caso entre mil. En el distrito de Y'a-in Kyengsangto, Norte, un noble pagano poseía un pequeño monte en las cercanías del pueblo en que habitaba. Ocurrió una defunción en casa de un rico del mismo pueblo, y los hechiceros que tienen el oficio de buscar un fausto lugar de sepultura, designaron para el caso presente la montaña en cuestión. Había, pues, que apropiársela; para lo cual, según usos y costumbres de la nobleza coreana y *post factum*, basta colocar una sepultura en sitio más elevado que el de todas las existentes en un determinado lugar. Prevenido que fué el propietario del peligro que corría de perder su hacienda, tomó las debidas precauciones para protegerla. Llegado el día de los funerales, y sabiendo que la montaña estaba bien guardada por sus dueños, el rico se fué á los japoneses con el cuento de que los voluntarios se hallaban en aquel paraje y le impedían hacer allí el entierro de su madre. Inmediatamente salieron para el lugar indicado 20 soldados japoneses seguidos de cinco policías, y, sin intimación de ningún género, la emprenden á tiros con aquellas gentes pacíficas é inofensivas, matando al dueño y á sus dos hijos é hiriendo á muchos de sus parientes y vecinos. Entonces el *raptor* de la montaña, protegido por los fusiles japoneses, pudo cavar la fosa, enterrar el cadáver y retirarse vencedor. Cuando algunos días después la familia de las víctimas reclamó los tres cadáveres llevados á la villa por los soldados, éstos se negaron á entregarlos si no era mediante la cantidad de 200 dollars por cadáver. Esto era ya el colmo de la crueldad y la injusticia. ¡Pérdida de la montaña, muerte de los dueños y 200 dollars de rescate por cada uno de los tres cadáveres!...

«Después de tales hechos, que en una ú otra forma se renuevan diariamente en toda la Corea, ¿cómo es posible evitar que el pueblo se aliste en las filas de los voluntarios?»

(Concluirá).

## LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA  
PROPAGACIÓN DE LA FE

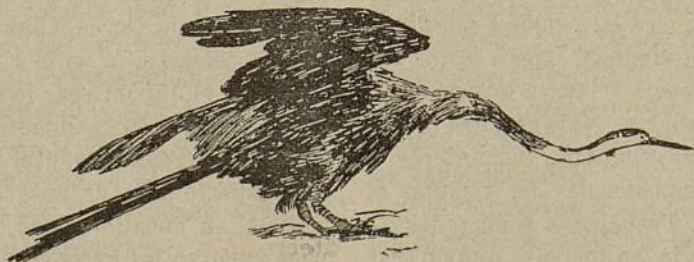
Para la Obra de la Propagación de la Fe

Barcelona.—J. S. . . . . 5 Ptas.

Para las Misiones más necesitadas

Castellfullit de la Roca.—D. Antonio Guinart. . . . . 4 Ptas.

Mazarrón.—D. Ginés Morales. . . . . 50 »





ENRIQUE SIENKIEWICZ

## LOS CABALLEROS TEUTONICOS

*(Continuación)**Con aprobación de la Autoridad eclesiástica*

Los otros, comprendiendo que el anciano, sin duda impulsado por el olor de azufre que le había traído á la memoria el infierno, invocaba la divina misericordia, se sintieron dominados por involuntario estremecimiento, y respondieron:

—¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

Y de nuevo reinó profundo silencio en la sala. Por algunos instantes no se oyó más que el fuerte aullar del viento, que hacía temblar las ventanas de la estancia y silbaba con siniestro son en la chimenea...

Luego, pregunta Sigifredo de Löwe:

—¿Dónde están los cuerpos de Danveld y de Godofredo?

—En la capilla, los sacerdotes se ocupan en rogar por sus almas.

—¿Reposan ya en los ataúdes?

—Sí. Mas la cabeza de Danveld está cubierta, pues su cráneo quedó hecho pedazos y su rostro aplastado.

—¿Y los otros cadáveres?

—Mientras no están preparados los ataúdes, se los ha puesto sobre la nieve para conservar su rigidez.

—¿Y los heridos?

—Perfectamente cuidados en el hospital.

Sigifredo apoyando su cabeza entre las manos crispadas:

—¡Y decir que todo esto es obra de un solo hombre! ¡Espíritu de Luz, protege á nuestra Orden el día en que tengamos que luchar en guerra con esa raza de lobos!

Y añadió:

—¿Quién de vosotros ha visto á Iurand desde esta mañana?

—Yo, respondió de Bergow.

—¿Vive?

—Sí. Yace todavía en la misma red en que le hemos envuelto, después de grandes esfuerzos, esta mañana. Cuando volvió en sí, los soldados quisieron rematarlo, pero el limosnero se opuso á ello.

—No es posible rematarlo, dijo de Löwe. Es en su país personaje de elevado rango y su muerte podría ocasionarnos serios trastornos. Por otra parte, ¿cómo podríamos ocultar lo ocurrido, habiéndolo presenciado tal número de testigos?...

—Entonces ¿qué hacemos? preguntó Rogerio.

Sigifredo reflexionó breves momentos y dijo:

—Vos, conde de Bergow, marchad lo antes posible á Mariembourg y dad cuenta de lo ocurrido al Gran Maestre. Vos no formáis parte de la Orden; no sois más que un huésped, y por consiguiente no

se os puede acusar de parcialidad. Contad lisa y llanamente lo que habéis presenciado. Decid que habiendo Hugo de Danveld librado de manos de unos bandidos á una joven que él creyó ser la hija de Iurand de Spychovo, lo puso en conocimiento de éste, el cual llegó á Ortelsbourgo... y ya sabéis lo demás.

—Perdonadme, amable jefe, dice de Bergow. He soportado cruel cautiverio en Spychovo; por otra parte, soy vuestro huésped y tendría especial satisfacción en atestiguar en favor vuestro; mas, para tranquilidad de mi conciencia, decidme: ¿Está en Ortelsbourgo la hija de Iurand, sí ó no? ¿Y no fué la pérfida traición de Danveld lo que enfureció al terrible Mazoviano?

Sigifredo de Löwe vaciló un momento antes de responder. Era hombre dotado de crueldad inaudita, odiaba con toda la fuerza de su alma á la raza polaca, pero no le gustaba mentir si fuerza mayor no le obligaba á ello.

—Danveld habrá sufrido ya á estas horas el juicio de Dios, respondió al fin. En cuanto á vos, conde, si os preguntan vuestras suposiciones y conjeturas acerca de este asunto, responded lo que os plazca. Pero si os preguntasen lo que habéis visto con vuestros propios ojos, contad sencillamente los hechos de que habéis sido testigo esta mañana. Decid al Gran Maestre que visteis sobre estas baldosas nueve cadáveres, sin contar los heridos, y entre estos cadáveres, los del jefe Hugo de Danveld, del caballero Godofredo, de Bracht, de Hugues y de dos nobles aspirantes á Caballeros Teutónicos... ¡Dios conceda á sus almas el descanso eterno! ¡Amén!

—¡Amén! ¡Amén! repitieron los jóvenes aspirantes.

—No olvidéis, asimismo, añadió Sigifredo, que al hacer uso de nuestras armas esta mañana, estábamos en estado de legítima defensa...

Y de Bergow respondió:

—Oj prometo no decir más que lo que mis ojos han visto...

Sigifredo le tendió la mano en señal de agradecimiento, y al mismo tiempo le recordó que todos se reunirían á media noche en la capilla, donde se efectuaría un acto fúnebre por el eterno descanso de las víctimas de Iurand.

Luego Mr. de Bergow se retiró, detrás de él salieron los jóvenes, y Sigifredo de Löwe se quedó solo con el caballero Rogerio.

El jefe de Insburgo demostraba tan entrañable afecto al joven Rogerio y se interesaba por él de



modo tan particular, que muchos habían acabado por considerar á este último como hijo del primero, aun cuando el caballero que Rogerio creía ser su padre, y que lo era oficialmente, hubiese vivido aun en el momento presente, en su castillo en Alemania, y que jamás hubiese pensado en desmentirlo.

Después de la marcha de Mr. de Bergow y de los jóvenes, los dos caballeros pudieron hablar con entera libertad, y el anciano Sigifredo encontró, para permitirles salir del paso, un medio tan ingenioso, que llenó de admiración al joven caballero.

Se convino en que no sólo insistirían en afirmar que la joven que Danveld había hecho venir á presencia de Iurand era la que había sido arrebatada á los bandidos, sino que el mismo Rogerio en persona iría á la corte de Mazovia para protestar «de la incalificable agresión» de Iurand.

—No olvides, dijo el anciano caballero, que Iurand había escrito al Duque que no habíamos sido nosotros quienes habían sustraído á su hija. Por consiguiente el Duque se verá en la imprescindible obligación de escucharte...

—Y todo lo que ha ocurrido redundará en perjuicio de Iurand, y será una prueba más de la maldad polonesa.

—Sí, procediendo de esta manera, nuestra inocencia queda perfectamente establecida... Que vaya luego á quejarse al Papa ó al emperador de Alemania... Nuestras quejas llegarán antes que las suyas...

—No se puede negar que la razón y la experiencia hablan por tu boca, ilustre jefe... ¿Y qué haremos de la hija de Iurand?

—Hay que pensarlo...

—¡Dádmela!

Sigifredo miró con insistencia al joven caballero, y le dijo:

—No. ¡Escucha, hijo mío! Cuando se trata de la Orden, es preciso ser duro con los otros, pero se ha de ser igualmente severo consigo mismo. Danveld no se había contentado con querer vengar todo el daño que Iurand había causado á la Orden... quiso también satisfacer sus pasiones... y ya has visto como Dios lo ha castigado...

—Me juzgáis mal, respondió Rogerio.

Pero el anciano Sigifredo lo interrumpió exclamando:

—Dominad vuestras pasiones, miembro de la Orden Teutónica. No dejéis que la molicie se apodere de vuestros corazones, sino, día vendrá en que vuestros pechos y vuestros brazos serán impotentes para resistir los embates de la raza maldita con la que tenemos que luchar.

Estas palabras fueron interrumpidas por el violento choque de una de las ventanas, sacudida por el viento, que dejó sentir en la estancia el ronco bramido de la tempestad.

—En el nombre del Espíritu de Luz, ¡qué noche tan espantosa! dice el anciano Caballero Teutónico.

—Noche de fuerzas impuras, añade el joven Rogerio. Mas decidme, venerable jefe, ¿por qué invo-

cáis siempre al Espíritu de Luz en lugar de decir «en el nombre de Dios?»

—El Espíritu de Luz es Dios, responde el anciano.

Y como si quisiese cambiar de conversación, pregunta:

—¿Hay algún sacerdote velando el cuerpo de Danveld?

—Sí...

—Dígnate ¡oh Señor! conceder á su alma el eterno descanso.

Entretanto Rogerio llamó á un criado para que viniera á cerrar la ventana abierta por la violencia del viento.

Luego que éste abandonó la estancia, Rogerio pregunta de nuevo á Sigifredo:

—Entonces, ¿qué es lo que pensáis hacer de la hija de Danveld? ¿La llevaréis con vos á Insburgo?

—Sí, conmigo la llevaré... y haré de ella lo que el deber me dicte... lo que reclame el bien de la Orden...

—¡Con tal que ese diablo de Spychovo no sobreviva á sus heridas! Si recobrase la libertad embrollaría todos nuestros planes...

Sigifredo de Löwe, con mirada sombría y con voz lenta y clara, exclama:

—En nada podría perjudicarnos su libertad. Este hombre jamás volverá á hablar mal de la Orden Teutónica...

—Y ahora, añadió, hablemos de tu viaje á Mazovia.

Y se puso á darle instrucciones relacionadas con este asunto.

## XXVI



La noticia del drama de Ortelsbourgo había llegado á Varsovia, donde á la sazón se encontraban el Duque y la Duquesa, antes de la llegada de Rogerio.

Esta noticia produjo en todo el mundo la más profunda y penosa impresión, y ni el Duque ni ninguno de los de su corte podían explicarse el por qué del viaje de Iurand á Ortelsbourgo, después de haber anunciado por carta al Duque, unos días antes, que los que habían raptado á Danusia no habían sido los Caballeros Teutónicos, sino vulgares bandidos.

En estas circunstancias, una noche, el capitán de los arqueros viene á anunciar al Duque la visita de Rogerio, caballero de la Orden Teutónica.

El Duque, aunque muy contento de recibir esta visita, que le proporcionaba ocasión de saber detalles exactos acerca de la historia de Ortelsbourgo, recibió al joven caballero con no disimulada frialdad, y le pregunta á quemarropa:

—¿De dónde venís? Si venís de Ortelsbourgo, os supongo enterado de lo que allí ha ocurrido...

(Continuará).